

La ecuación de la incertidumbre

Seudónimo: Guadatín

Después de varios años dando tumbos, había conseguido plaza en la universidad. Aquel hito personal resultó ínfimo comparado con una pandemia de magnitudes ilimitadas. Durante los meses de confinamiento, mientras me debatía entre adoptar una vida ermitaña o disfrazarme de pirata y lanzarme a desenterrar tesoros recónditos, llegó una tromba de concursos para profesores universitarios. Con la amenaza de una recesión sin precedentes, aquellas convocatorias parecían anunciar la salida inminente del último tren académico.

No sentía especial predilección por ninguna de las universidades a las que postulé. Como persona de ciencias, decidí que el azar elegiría mi destino, aceptando la primera oferta que recibiese. Una vez finalizado el encierro y recobradas ciertas costumbres, como la de calcular el ángulo de inclinación de la Tierra desde la terraza de una taberna, llegó la llamada de la Universidad Carlos III, ubicada en el sur de Madrid. Fiel a mi compromiso con la aleatoriedad, di el sí quiero. Preparé una pequeña maleta con ropa y una mochila con artículos de investigación y libretas con cuentas a medio hacer, listo para trasladarme y volver a empezar.

Uno de las secuelas que generó la pandemia fue la fijación obsesiva por el término incertidumbre. Locutores de radio, conductores de autobuses, caseros que buscaban inquilinos para su morada, tenderos de verdulerías y compañeros del departamento no cesaban de mencionarla en cada frase. Paradójicamente, acababa de empezar el periodo más estable de mi vida. Se había acabado el desayunar repasando las últimas ofertas de trabajo para investigadores y docentes. No tendría que pedir más cartas de recomendación, preparar entrevistas, pasar el currículum a un formato indescifrable, redactar un nuevo proyecto que jamás sería revisado o competir desafortadamente por acumular estatus. Por una vez en mi carrera miraría mi contrato y en él figuraría una fecha

de extinción más allá de un año. Toda la vida. Dejaría de saltar de ciudad en ciudad, de país en país, de despedirme cuando aprendía a pronunciar el nombre de mis amigos, de chapurrear inglés, portugués, italiano, francés, alemán y un poco de ruso. Incluso, podría hacer planes, comprar una casa, plantearme encargar descendencia, adoptar un perro o tener mi propio coche. Y lo mejor: le diría a mi madre que ya no era un trotamundos, que tenía un trabajo de verdad.

A mi llegada, el aspecto de la universidad era desolador. Se recomendaba encarecidamente no acudir si no era estrictamente necesario. A falta de unos días para que empezaran las clases, no había profesores en los despachos, las cantinas permanecían cerradas y la única posibilidad de tomar café era pedirselo a una máquina expendedora que no daba ni los buenos días. Tras firmar el contrato, me reuní con el director para conocer el campus y la docencia que me había sido asignada.

—No sé cuánto aguantaremos abiertos —dijo apesadumbrado—. Las perspectivas no son buenas. Hemos planteado un sistema mixto entre clases presenciales y virtuales, pero en cualquier momento puede pasar todo a la modalidad virtual.

Las predicciones más pesimistas no se cumplieron y parte del curso echó a andar de forma presencial. Mi docencia se centraba en unas prácticas presenciales de Cálculo I para el primer curso de ingeniería de telecomunicaciones. Antes de empezar la clase, preparé una breve presentación de la asignatura y una lista de ejercicios que resolvería en la pizarra a modo de introducción. No obstante, lo que más tiempo me llevó fue repasar el protocolo sanitario. Los alumnos debían estar convenientemente separados, usar mascarilla y avisar anticipadamente si tenían algún síntoma compatible con la COVID-19. Por mi parte, debía asegurarme de que las ventanas permanecieran abiertas, detener la clase cada cincuenta minutos para ventilarla, desinfectar la mesa del profesor y las tizas que empleara.

En cuanto entré al aula, me sorprendió el silencio ensordecedor que la envolvía. La tensión traspasaba la mascarilla y prácticamente se podía mascar. En los rostros medio tapados de los estudiantes percibía una mezcla de ilusión y temor. Con dieciocho años recién cumplidos iban a conocer una universidad sin apenas interactuar más allá de pantallas y protecciones de plástico; sin salir de fiesta e ir de la discoteca a clase sin dormir; sin abarrotar los pisos de otros compañeros; sin descubrir la pasión furtiva y el amor que aspira a madurar; o sin pasar la noche en la biblioteca antes del examen final. Sin embargo, lo peor sería vivir atenazados por la incertidumbre.

Entonces, dejé mis folios repletos de desigualdades, axiomas y proposiciones sobre la mesa y me aclaré la garganta.

—Buenos días. Soy Juan Pérez Guadiana, voy a ser vuestro profesor de prácticas de la asignatura de Cálculo I durante este cuatrimestre. Esta asignatura sólo tiene un objetivo: pensar. En las clases propondré ejercicios sobre desigualdades de números reales, continuidad de funciones, derivación, integración, sucesiones y series. Os avanzo que no me interesan los resultados, lo que quiero es que seáis capaz de razonar.

Acto seguido, me empapé las manos en gel desinfectante, tomé una tiza y escribí en la pizarra con letras mayúsculas “INCERTIDUMBRE + x = VIVIR”.

—¿Quién sería capaz de encontrar una solución a esta ecuación? —pregunté vivaz.

—¡Vivir menos incertidumbre! —contestó un alumno que estaba en la última fila entre risas.

—Es posible que así sea, pero a juzgar por la rapidez de tu respuesta intuyo que no la has meditado lo suficiente —contesté serenamente—. ¿Alguno de vosotros tiene otra idea?

Hay muchos tipos de grupos, pero la estadística garantiza la presencia de al menos un miembro con capacidades, independientemente de cuales sean,

significativamente más desarrolladas que la media. Esto asegura una respuesta interesante por cada pregunta planteada.

—Disculpe, profesor, creo que la ecuación está mal planteada —interrumpió una chica situada en segunda fila. Con un gesto le indiqué que continuara—. La incertidumbre no es una constante. Cada persona o cada momento puede hacer que ésta sea mayor o menor. La solución, si la hay, es variable, depende de multitud de factores. Por ejemplo, si alguien no tiene incertidumbre, no hace falta añadir nada para vivir.

Aunque el razonamiento de la alumna había superado mis expectativas, traté de matizarlo mínimamente para justificar mi puesto y granjearme cierto peso.

—Efectivamente, la ecuación de la incertidumbre es variable. Todos tenemos la nuestra. Desde hoy pensad en cómo minimizar la aportación de la incertidumbre, pensad en cómo aislarla, pensad en cómo extraer la realidad, en la oportunidad que tenéis de poder formaros y atrapar conocimientos. Procurad ser críticos en el razonamiento, generosos en el esfuerzo y rigurosos a la hora de transmitirlos. Pensad, porque pensar es la única solución a todas las ecuaciones. Pensar ahuyenta el miedo.

El curso prosiguió esquivando las intermitencias de la incertidumbre. Desde la pizarra contemple cómo las caras sobre los pupitres fueron relajándose y nutriéndose de estímulos. El conocimiento fue germinando paulatinamente y muchas ecuaciones atisbaron solución. Otras crecieron y decrecieron al ritmo de las olas. Tan sólo una minoría se quedó sin resolver y tuvo que plantearla en la convocatoria extraordinaria. Despejada la incógnita, en mi ecuación no cabía mayor satisfacción.